

*Desafíos comunes: retrato de la sociedad chilena y sus individuos*,  
de Kathya Araujo y Danilo Martuccelli (Santiago: LOM Ediciones, 2012)

Julio VILLA\*

#### TRAS LA TEXTURA DE LO SOCIAL

Esta obra, en dos tomos, junta todo lo que una buena sociología necesita: un alto grado de nivel analítico y argumentativo, rigor metodológico y exhaustivo trabajo empírico. *Desafíos comunes* no nace del vacío: su génesis se puede rastrear en trabajos previos, como *Habitar lo social. Usos y abusos en la vida cotidiana en el Chile actual* (2009) y *¿Se acata pero no se cumple? Estudios sobre las normas en América Latina* (2009), de Kathya Araujo, y *Cambio de rumbo. La sociedad a escala del individuo* (2007), así como *¿Existen individuos en el Sur?* (2010), de Danilo Martuccelli. Estamos ante dos autores a quienes la vida social no los incomoda, sino que les preocupa.

El objetivo es hacer una sociología *para* los individuos, una sociología que dé cuenta de sus experiencias y tensiones, y a la vez, señalar los matices y contrastes de lo social. Esto no de manera separada, sino ligando lo cotidiano y lo estructural. Por eso la sociología del individuo es siempre una macrosociología. Teniendo en cuenta el contexto histórico, social, económico, cultural y político, se trata de describir a la sociedad chilena a partir de los individuos que son estructuralmente producidos. ¿Y cómo son producidos *estructuralmente* los individuos? A través de pruebas cotidianas. La noción de «prueba» es el operador analítico utilizado para establecer un nexo entre cambios estructurales y experiencias subjetivas en la sociedad chilena.

---

\* Julio Villa es asistente de investigación en la Maestría en Estudios de Género de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Es bachiller en sociología por la Pontificia Universidad Católica del Perú. Correo-e: julio.villa@pucp.pe

En breve (y corriendo ciertos riesgos) la noción de «prueba» articula cuatro dimensiones: una lógica narrativa, un tipo particular de actor que está obligado a enfrentar desafíos, da cuenta de una sociedad que no cesa de evaluar a los individuos, y por último, remite a grandes desafíos estructurales.

Así, nueve pruebas fueron consideradas como las más importantes y se agruparon bajo cuatro ejes temáticos. Estas pruebas son: (i) el *modelo neoliberal* y el *anhelo democrático* (eje «condición histórica»); (ii) la *posición social* y el *uso del tiempo* (eje «lugares y tiempos»); (iii) el *trabajo* y el *mérito* (eje «esfuerzos laborales y recompensas»), y (iv) *relaciones interpersonales*, la *familia* y la *pareja* (eje «relaciones sociales»). Se planteó cerca de un centenar de entrevistas semiestructuradas que fueron realizadas por ambos investigadores en un lapso de cuatro años. Cabe indicar que la gran mayoría de estas fueron hechas a residentes de sectores pobres, sectores medios y medios-altos de la capital, Santiago, pero también hubo entrevistas de control en otras comunas. Señalados los antecedentes, las precisiones teóricas y metodológicas y esbozado el mapa de la obra, podemos adentrarnos en la riqueza de sus cuestiones, planteamientos e interrogantes.

1973: El golpe de Estado para derrocar a Salvador Allende es el punto de partida. Es un paso del Estado al mercado, la instauración de una nueva matriz, y sobre todo, el intento de producir una individualidad neoliberal. Este suceso es la «vergüenza bautismal» para la sociedad chilena que retratan los entrevistados: un hecho del que no se habla en público, que trae problemas, que es mejor evitar pero que es fundamental —y fundacional— en las narraciones, y que se expresa bajo la forma de anécdota o recurriendo al humor. La relación con la historia es *sui generis*, ya que esta remite a experiencias personales, pero el proceso no se da de manera inversa: no hay una narrativa hegemónica para hablar del golpe de Estado. Esto ha producido una sociedad dividida, segmentada y distanciada; es así que hasta cierto punto se puede hablar de «dos Chiles».

La militancia ha quedado relegada, puesto que hay un alejamiento de la política por temor y el activismo adquiere una forma mucho más puntual y con fines pragmáticos. En detrimento de la política, aparece el consumo como ingreso a la ciudadanía. Esta práctica forma parte de la ficción de la igualdad que anhelan los entrevistados, pero también se presenta como una dimensión ambivalente de individuación, ya que remite a la culpa y al endeudamiento, a la vez que genera placer. Al aumento de las expectativas se oponen las estrecheces económicas.

Si el anhelo de igualdad —perteneciente a una primera democratización de la sociedad chilena— es una ficción, la horizontalidad (en una segunda democratización) adquiere un carácter mucho más real, cotidiano e interactivo. La horizontalidad, para los autores, es una amenaza a la autoridad —una *nostalgia activa*—, ya que tenemos individuos que piden cuentas a las instituciones y son sensibles al menosprecio, a la injusticia y al abuso. Esto no se da sin fricciones entre sectores sociales, ya que aparece la educación como criterio demarcatorio

y de descalificación, y por otro lado, la expectativa de horizontalidad se confronta con la voluntad de poner-confinar al otro a «su lugar».

La posición social es otro desafío: hay que mantenerla. Esta ansiedad que remite a un sentimiento de desestabilización de la posición social es lo que los autores han llamado *inconsistencia posicional*. Tres características son importantes: (i) el emplazamiento social es percibido como susceptible de deterioro; (ii) es un estado transversal a todos los estratos sociales, y (iii) no se reduce solamente a la movilidad social. No es suficiente saberse en determinada posición social, sino que «aún estando dentro se sienten frágiles».

Mantener la posición social es una prueba cotidiana debido a que, entre otras cosas, el trabajo ha perdido su capacidad de protección; tenemos historias de despidos, bancarrota, sobreendeudamiento, etc. Esto se liga con el uso y la gestión del tiempo que tienen los individuos chilenos. Paradójicamente, el trabajo que no ofrece protecciones se transforma en el trabajo sin fin, el trabajo que invade el horario fuera de la oficina. Este hecho hace que se le quite tiempo a la familia, es decir, se desdibujan las fronteras entre lo laboral y lo familiar. El tiempo libre para entretenerse y entablar relaciones es mínimo y el cuidado de los hijos queda encargado a la nana (respuesta de clase a un problema estructural).

La posición social, el trabajo y el uso del tiempo van de la mano con la cuestión del esfuerzo y el mérito. En cuanto al esfuerzo, se observa la renuncia a la imposibilidad de hacer todo. Los entrevistados son pluriactivos y van por trayectorias distintas, aunque similares en su desmesura laboral, sobre exigencia y presión. Sale aquí a relucir la envidia: «el chaqueteo» (la competencia o «serruchar el piso»), dimensión que no solo es vista de manera negativa, ya que divide a los trabajadores, sino también como una estrategia que genera cohesión y solidaridades (siempre volátiles y vigiladas, claro está). A su vez, el mérito, y la fuerte personalización del sentido del trabajo está contrapuesto con las redes que cada uno puede tener para conseguir empleo o ascender a otro puesto. Los individuos en Chile oscilan entre el mérito institucional y los atajos individuales.

Las interacciones sociales relatadas por los entrevistados hacen ver que el «otro» es un desafío cotidiano. Ese extraño próximo es visto como una fuente potencial de agresividad y conflicto. Asimismo, la ciudad y sus servicios, como el transporte público, tienen un cariz de deterioro y desconfianza. Incluso la amistad, que sirve como soporte para momentos de inestabilidad, se ve como una promesa de irritaciones. La familia se señala como una prueba dual, ya que son distintas las maneras de afirmarse como madre y como padre, y aun así, tener espacio para ser uno mismo dentro del lazo que los une como pareja.

Es esta afirmación de la individualidad lo que problematiza y caracteriza este lazo. Aquí se parte de una premisa constatada por los entrevistados: hay que *tener* pareja. La prueba conyugal se proyecta en tres imaginarios: el de la protección, el ideal de la fusión y el ideal de la independencia. De estos tres, el ideal de la fusión

es el más inestable, y la disputa entre la protección y la independencia de cada miembro queda dentro de la pareja. Sin embargo, estos imaginarios son una especie de tipos ideales, ya que toda pareja supone negociaciones cotidianas. El reto está en admitir al «otro» como otro en la relación y a uno mismo como otro.

*Desafíos comunes* presenta respuestas singulares a problemas estructurales. Esto es lo que los autores llaman *el trabajo de los individuos*, ya que aun en la singularidad de cada uno de los entrevistados podemos ver patrones y recurrencias que permiten ofrecer un gran retrato de la sociedad chilena. Ahora, mientras más se explore la individualidad de los actores los matices y tonalidades ganarán densidad e intensidad para explicar —y explicarnos— en qué sociedad vivimos y cómo estamos afrontando cada prueba. Tanto Kathya Araujo como Danilo Martuccelli nos presentan, en este esfuerzo conjunto, y cada uno en su trayectoria intelectual, nuevos desafíos, provocaciones e interrogantes que exigen ser investigadas.

Manuscrito recibido: 16/08/2012